

Perfil humano de Francisco Ponz Piedrafita

I

La distinción orteguiana entre vida biográfica y biológica es apreciable intuitivamente, puesto que enuncia dos diferentes dimensiones de la personalidad. Parece razonable que el biógrafo sea más que un mero penegirista y dé una visión cercana del personaje, conducente a descifrar, en lo accesible, el jeroglífico de sus motivaciones. Sin duda, estoy lejos de tal perfección interpretativa, pero aspiro a que en mis recuerdos, concernientes a Francisco Ponz Piedrafita, no se imponga el rodeo y el recto curso del torrente interpretativo sustituya al meandro sintáctico. Procuraré que mi escribir sea lo más real posible y no caiga en lo artificioso. Mi remembranza sería triste empresa si no evitase la personalización o cosificación, si invirtiese las evidencias sustituyéndolas por fórmulas previas tendentes a una interpretación caprichosa. Lo penoso estribaría en escamotear los medios a mi alcance para enfocar y definir por un falso recato. Estoy con Dolent en que *La pudeur est une vertu sthétique*, en todo compatible con un correcto juicio; sin apoyarme en estereotipos, ni en ortodoxias que congelen lo que es y debe ser, pero tampoco en estimaciones vacilantes. Sin una dosis de desinterés, de efusión íntima, la calidad se evapora. Acertado o no, diré, pues, lo que creo que debo decir, conforme con la generosa musa de Quevedo recogida por Núñez de Arce en sus «Estrofas»:

«No he de callar, por más que con el dedo
ya tocando los labios, ya la frente,
silencio avises o proclames miedo»...

II

Francisco Ponz Piedrafita nació en Huesca, en las tierras oscenses que constituyen el núcleo inicial del Condado de Aragón, en la ciudad del triple recinto amurallado –cuna de la primera Universidad fundada en España– hoy capital de la más extensa de las provincias pirenaicas: triángulo invertido de lares montañoses, con base en zona fronteriza y vértice apuntando al río Ebro.

Paisanos suyos fueron dos eminentes figuras, personas claves en sus vivencias

espirituales y materiales: Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer y D. José María Albareda Herrera; este segundo fue maestro suyo en los primeros tiempos de las enseñanzas secundarias y ulterior guía en sus estudios universitarios.

Mi cordial trato con Ponz Piedrafita data de los años cuarenta, cuando era estudiante aplicado de la Residencia de Jenner de Madrid, raíz de fecundos Colegios Mayores; por tales calendas preparaba yo mi acceso, inminente, a la cátedra de Química Biológica de la Facultad de Farmacia de la Universidad Central. El interesado, una vez cursada la licenciatura en Ciencias Naturales en la Facultad de Ciencias de Madrid, realizó los estudios del Doctorado, derivando en su presunta especialización del aparente inmovilismo edafológico al ostensible dinamismo vital de lo fisiológico. Tuve oportunidad de formar parte del tribunal que juzgó su tesis doctoral, y posteriormente el privilegio de presidir el correspondiente a sus oposiciones a la cátedra de Fisiología Animal del plan de estudios de la Facultad de Ciencias Naturales de la Universidad de Barcelona, que obtuvo por unanimidad en 1944. La estima hacia el nuevo compañero universitario se fortaleció con el trato, en el transcurso del tiempo: una amistad –el plato fuerte del banquete de la vida de Lewis– que representa un sentimiento hondo, que de ningún modo ha significado contubernio sino que, muy al contrario, entra en la manifestación aristotélica capaz de una triple concurrencia de bienes: la *areté* o excelencia humana; la *frónesis* o prudencia; la *hedoné* o el placer. La amistad es la *folía*, el sentimiento excelso y sutil, conformada aquí por un buen hacer humano, científico y docente, que intento plasmar en este más bosquejo de semblanza que esbozo biográfico.

III

El tomar una específica actitud es, para Ana Sastre, cosa que cada cual debe resolver mirando a través de los cristales de su entorno, para llegar a saber qué ruta de montes o llanos, qué nieblas o qué soles están en su camino.

El luengo andar de Francisco Ponz Piedrafita impone una severa selección, un arreglo más próximo a una referencia genérica que a una exposición minuciosa. Sólo así cabe abordar en limitado espacio las principales características de un extenso e intenso vivir. Confío en que mi corto relato no esté por razonamiento dentro y por sentimiento fuera y se halle en la razón sentiente de Zubiri.

El marco geográfico de la actividad de Ponz Piedrafita abarca sucesivamente cuatro poblaciones: Huesca, Madrid, Barcelona y Pamplona: en las dos primeras en calidad de alumno aventajado y de opositor competente; en las dos segundas como profesor universitario prestigioso. Por supuesto, su formación concienzuda condicionó desplazamientos al extranjero para ampliación de conocimientos, en un reconfortante desertar de la inercia para penetrar en territorios científicos vírgenes y revisar ajenas experiencias con que ensanchar la capacidad de perfección. Estuvo, preferentemente, en el Instituto de Nutrición Animal de Zurich y en el Instituto de Fisiología de Friburgo. Este adiestramiento foráneo no ha impedido la originalidad de su pensamiento, nunca paráfrasis de otros; su manifestarse ofrece una clara originalidad que le confiere entidad propia.

Su preparación y dotes *sui generis* le llevaron, en 1944, a ser Catedrático de Fisiología Animal de la Facultad de Ciencias Naturales de la Universidad de Barcelona, donde permaneció más de cuatro lustros. En este lucido período tuvo a su cargo las enseñanzas de Fisiología Animal, Biología y Fisiología General, a más de los cursos de Doctorado sobre Enzimología. A continuación, en 1966, se trasladó a

Pamplona para ocupar el puesto de Rector de la Universidad de Navarra, impartiendo allí a partir de entonces docencia durante un cuarto de siglo –gratificante meta de sus Bodas de Plata– interviniendo, por añadidura, en el Doctorado con lecciones referentes al transporte de membranas biológicas. En tan honrosos menesteres su verbo ha tenido el eje sustentador de su denso saber; no ha aspirado a cautivar con el centelleo de lo rítmico y sonoro, sino con la unicidad de la fecunda experiencia de que es trasunto.

IV

Para tantos y cuantos, el vocablo «intelectual» debiera aplicarse con rigor etimológico a aquellos que utilizan el intelecto en cualesquiera actuación. Lo cierto es que la mayor parte de la veces se restringe semánticamente su valor para referirse en exclusiva al uso de la inteligencia en grado eminente. Esto da lugar a que los intelectuales a ultranza configuren un grupo minoritario de méritos culturales sobresalientes, concepto dentro del cual entra con pie firme Francisco Ponz Piedrafita, empapado a todo evento en un afán de verdad, dialogante y cortés, pero sin incidir en la exageración de Mitchell: *Never take no for an answer*.

La jerarquía social es móvil y los cambios deben responder a la regla del ascenso gradual y no a la del vaivén. Su vida intelectual ha transcurrido sosegadamente –no sin previa remoción de obstáculos– como un *cursus honorum*, con merecida progresión acumulativa de cargos distinguidos: Catedrático, Director de Departamento, Rector... En las distintas misiones ha practicado la abnegación y ha servido razonablemente la pasión del conocer en búsqueda de lo mejor, con elusión de lo idolátrico. Sus acciones han sido, en todo momento, buenas: en su fin intrínseco o *finis operis* y en su fin extrínseco o *finis operantis*, es decir, en el objeto y el fin del pueblo llano. En las funciones directivas ha utilizado un lenguaje constructivo ante el poder oficial y fáctico, a un tiempo respetuoso y frontal, con exclusión del tono obscuro y adulatorio. Sus varias y excelentes capacidades de todo tipo han sido reconocidas a través de múltiples distinciones, entre ellas las de Consejero de número del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en 1962 y de Académico Numerario de la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona en 1964. De su afortunada gestión al frente del Rectorado de la Universidad de Navarra son elocuentes testimonios la Medalla de la Universidad y el actual Vicerrectorado de Investigación. No es superfluo proclamar que en su ejercicio del mando ha predominado el sentido común y el amor a la justicia, ligados a una interpretación equilibrada de las leyes y al uso de la *epikeia* o equidad.

V

Para una correcta exposición de méritos personales es indispensable poner un sistema de evaluación idóneo, del que –como ha señalado Julián Marías– se puede dar cuenta y razón. A tal objeto la rigurosidad es condición ineludible para lo auténtico, puesto que las estimaciones no tangibles resultan vacías de contenido. Un actuar vocacional ha alentado a Francisco Ponz Piedrafita, que en el correr de las horas y los días se ha concretado en el laborar eficiente y sin jactancia que estamos comentando. Sus ideales nobles no se han mezclado con la vanidad, como lo expresa Keller: *Die menschliche Eitelkeit vermegt sich mit den edelsten Ideen*. En su trayectoria

ilusionada ha fijado con justeza el rumbo, de qué cuadrante soplan los vientos y hacia donde empujan las corrientes; al corregir la deriva no ha quedado al albur y ha arribado al buen puerto de una visión ponderada. Sus actos humanos han tenido, y tienen, la impronta del conocimiento de causa y la decisión propia, con el ejercicio simultáneo de su clara inteligencia y de una recta firme voluntad fundamento de su libertad: libertad psicológica o interior –libertad de decidir– que ha condicionado felizmente su libertad de ejercicio o exterior. Todo ello acorde con una evidente integridad moral plena de autoridad latente, en potencia, que se mantiene como la flecha en la ballesta, tensa antes de dispararse.

Su ejemplar modo de ser le ha guiado para encauzar una brillante carrera científica, conectado a importantes grupos de trabajo. La dificultad moral de acercarse cada vez más a una grata convivencia, a la puesta a punto de lo eficaz y justo, es permanente. Las desviaciones y autoengaños en que podemos implicarnos son fruto de cada día. La superación y la solución de tal problemática va unida a una constante vigilia, como la ejercitada por nuestro protagonista en calidad de jefe de equipo. Al fin y al cabo, metafóricamente, el laboratorio es como el útero materno de la ciencia que da a luz a nuevos hijos. La resultante ha sido un plantel renovado de individuos clarividentes y bien adiestrados, bastantes de los cuales son en estas fechas conocidos y afamados profesores universitarios e investigadores. Repito que sus ejemplares modos le han guiado para encauzar una investigación conectada a selectos grupos de trabajo, y de ahí valiosas publicaciones en diversos idiomas. Es autor y coautor de más de un centenar y medio de trabajos experimentales recogidos en revistas españolas y extranjeras, que tratan de sus hallazgos sobre la absorción intestinal y del transporte transmembrana de sustancias hidrosolubles. Estos temas los ha abordado a lo largo de casi cincuenta años, conjugando las facetas biofísicas y bioquímicas con las propiamente fisiológicas; son aportaciones científicas y metodológicas profusamente referatadas en la bibliografía internacional de la especialidad.

VI

En términos filosóficos la parálisis del movimiento es la tristeza o anía, que supone estrictamente esterilidad. Esta no afecta a Francisco Ponz Piedrafita que es hombre prolífico con sonrisa a flor de labio, exponente de un talante risueño que supera lo fisiológico. En él se cumple aquello de que «el corazón alegre hace sonreír la cara», del libro de los Proverbios. Ha escrito Mounier que el carácter es un acto y no un dato, y su conocimiento significa en gran parte el de las promesas que un ser encierra, con sus complejidades interpretativas. Tendencia e intencionalidad son conceptos que suelen englobarse. La tendencia especifica la inmanencia espontánea en orden a la conducta: es el estilo propio. Lo intencional es la indefinición en potencia. En Ponz Piedrafita son ambas notables: ha habido y hay estilo propio y humanismo. Así como la teología se coloca ante El, la caracteriología lo efectúa ante el individuo. En nuestro caso su carácter integro, aspecto inteligente y simpatía, son expresión de una rica personalidad. Su aptitud para las relaciones públicas, su actitud dialogante –en estricta conexión con la prudencia o *recta ratio agibilium* y su parte potencial la *synesis* o sensatez– le han llevado de la mano a pertenecer a distintos organismos, entidades y sociedades culturales y científicas nacionales y extranjeras, tales como la Sociedad Española de Bioquímica, la *Journées Biochimiques Latines* y la Federación Europea de Sociedades Bioquímicas o FEBS. A los *International Congress of Biochemistry* ha asistido regularmente, y con frecuencia en

ellos hemos coincidido. Del anecdotario, viene a mi memoria, por ejemplo, nuestra aventura diaria para acudir, en las primeras horas de la mañana, a la única iglesia católica abierta al público en el rígido Moscú de 1961. Estos y otros certámenes hispanos e internacionales saben de sus rigurosas comunicaciones científicas y, asimismo, de sus acertadas intervenciones en sesiones plenarias. En su haber, como ajustado complemento, figuran también revisiones de conjunto, artículos y la colaboración en libros escogidos.

VII

Es sugerente la idea de algunos conectada a la existencia de un *animus* malo y un *animus* bueno. Me complacería caer de lleno en la acepción segunda y, en consecuencia, que mis alusiones acerca de Francisco Ponz Piedrafita sean clasificables como constructivas, oportunas y paralelamente objetivas. No obstante, antes de dar por terminada mi tarea es justo informar a unos, y recordar a otros, que a sus destacadas dotes organizadoras y de jefe de escuela une inmejorables condiciones humanas: reflexivo, moderado en el decir, entusiasta y perseverante; yo diría que hasta sanamente obstinado como corresponde a su rancio origen aragonés. Sabio no sólo es el que conoce las cosas sino el que sabe ordenarlas con vistas a un fin adecuado. Aquí la sabiduría no incluye el conformismo, por lo que nuestro amigo conserva intacta su juventud de espíritu. Su ser y estar distan del orgullo, laberinto que desorienta y pierde: están próximos a una humildad consciente de los talentos recibidos. Por descontado, su sencillez es inconfundible con la pusilanimidad o el encogimiento, y le ayuda a un desasimiento, un despego de los bienes superfluos de la tierra —«que el orín y la polilla consumen»— rayano en la ascesis.

A estas alturas, insisto en que puede calificarse de plausible lo conseguido por nuestro biografiado en todos los órdenes, y no está desplazado hablar aquí de triunfo. De un éxito que no ha embriagado porque ha habido templanza, que no se ha absolutizado su valor, que no se ha hecho fetichista. A pesar de todo la palabra fin todavía no está escrita para él; sin duda, le son aplicables las frases de Panzini: *La página abierta de la vita e bella; ma piu bella e la página sigillata*. Esto lo corrobora, lo demuestra, la continuidad de su labor docente e investigadora y su intervención actual, asidua y rigurosa, en la Revista Española de Fisiología, que fundó en 1945 en la competente compañía de Juan Jiménez Vargas. Editada en español e inglés es de reconocida valía y apreciada internacionalmente. Tiene a su cargo la dirección de la misma desde 1955.

VIII

Para lograr unos resultados favorables, para estabilizar una situación, no bastan los nobles propósitos ni el ansia enardecida. Para modificar meyorativamente una naturaleza y un genuino modo de proceder, para la reciedumbre, es imprescindible un buen laborar, como el que recoge el balance óptimo humano apuntado en las líneas supraescritas. Tiempo y fatiga han costado a Francisco Ponz Piedrafita sus ejemplares hábitos operativos *a natura* y adquiridos. Lo antedicho me permite aceptar el riesgo de augurar que el juicio futuro y definitivo sobre él será —como hoy es— netamente positivo; dado, además, que su pasado es verdadero, tangible y esperanzador. Corrobora la afirmación de Frankl: haber sido es la forma más segura

XVII

de ser. Bien entendido que un referirme a lo ocurrido no implica por mi parte un coleccionismo de nostalgias; no tengo inclinación a lo crepuscular, independientemente de que por mi condición administrativa reciba ya los tenues reflejos de esa luz.

Como colofón me considero obligado a reiterar, una vez más, que mi encargo no podía ser otro que el genérico apuntar de impresiones consecuentes a un trato añejo y leal. Supongo que quedará diáfano para los lectores imparciales la alineación de la subjetividad en mi reseña. Solamente he refrendado las fecundas derivaciones, el fructuoso recorrido de mi compañero y amigo como miembro efectivo y singular de la Universidad española pública y privada.

Circunstancias pluriformes han llevado cada día a Francisco Ponz Piedrafita al bien *arduum* del trabajo de Santo Tomás, que es igualmente un bien útil, un bien a disfrutar, un bien digno; en un *statio*, un estar de guardia como el vigía alerta: *Custos quid de nocte*. De ahí su fecundo protagonismo en tareas mediatas e inmediatas docentes, investigadoras, de dirección y gobierno. Ahora, más reposado, después del homenaje inexcusable –de tan entrañable alto en el camino– dejémosle de nuevo en su laudable inquietud de siempre, en el fértil continuar de su andadura en línea con la lira de Fray Luis de León:

«Pero es caminar largo
que hay que seguir tenaz con firme anhelo.
A veces, cierto, amargo
hasta romper el hielo;
más grato cuanto más lejos del suelo»...

Angel Santos Ruiz
Catedrático de Bioquímica
Universidad de Madrid.